



LA SUBJETIVIDAD EN EL DISCURSO

Ernesto Fernando Iancilevich¹

(Universidad Nacional de Buenos Aires)

La subjetividad orienta el discurso. Orientar significa enseñar la senda por donde algo se nos descubre o muestra, patentiza o desoculta. Descubrir, mostrar, patentizar o desocultar son diferentes maneras de afirmar lo mismo: la verdad del ser en la certeza del ente. Veámoslo con un ejemplo del arte de la navegación. El vigía otea el horizonte, recorre con el ojo, busca en la mirada, interroga la presencia de lo visto. En el espacio, el horizonte trazado por la ubicación mental del observador (y la ubicación física siempre se corresponde simbólicamente con la ubicación mental) fuga, se suelta del cuerpo, para adelantar realidad. El vigía anuncia al adelantazgo y constituye su eslabón inicial, porque por y en él son dadas las primicias a la embarcación. El espacio es luz que se navega y movimiento que se recorre con el cuerpo y la mirada: el cuerpo lo recorre en superficie, la mirada lo penetra. Pero la luz es porque algo ilumina: la luz es la proyección de una iluminación, como el círculo la proyección de un centro. Y es bien claro que en el arte de la navegación orientarse es buscar el norte, el lugar por donde sale el sol, y en lenguaje simbólico representa el lugar de la iluminación, el centro que proyecta la luz. La proposición La subjetividad orienta el discurso se lee ahora: La subjetividad es el foco de iluminación del discurso.

¹ Licenciado en Ciencias de la Información, Universidad de Buenos Aires. Miembro del Colegio de Graduados de Filosofía y Letras, de la Sociedad Internacional de Escritores, de la Sociedad Internacional de Autores, de la Red Mundial de Escritores en Español y de la Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República. Integró durante dos años, y desde su fundación, el equipo editor de la revista literaria *Palabras Diversas*, que se edita en España. Ha sido jurado nacional e internacional en certámenes literarios. Dicta seminarios de estudio sobre la obra de Martin Heidegger, cursos de redacción para profesionales y coordina un taller de creatividad literaria. Forma parte del Tribunal Evaluador del Movimiento Solidario por las Letras (fundado por el Grupo de Escritores Piquenses, de La Pampa).

La subjetividad **en el** discurso es, ante todo, la subjetividad **del** discurso. La subjetividad nombra lo que es propio del discurso, y, en cuanto tal, se abre a lo que en él se dice. Al nombrar, aparece lo dicho en lo nombrado. Nombrar es discurrir lo óptico, haciendo del mundo un lenguaje y del lenguaje un mundo. El discurso, al nombrar, manifiesta en lo sustancial de un lenguaje-mundo lo esencial de un pensamiento-mudo. En el nombrar, el pensamiento dice. En tal sentido, decir en lo callado constituye la máxima sobriedad del pensamiento. A través del nombrar, se abre paso la posibilidad de intimar el pensar del sujeto en su esencialidad, es decir, en su subjetividad, en cuanto el intimar constituye la apertura más abierta de lo desnudo. Rotular, dar nombre a lo existente, es roturar, abrir la pétreo solidez de lo callado y permitir una relación fluida de lo existente con lo esencial: un pensamiento convertido en lenguaje y un mundo convertido en lenguaje. La verdad del ser y la realidad de la existencia convergen en esa conversación-conversión. En esto, hemos de ver –y solamente al pasar lo mencionamos– que llegar a la verdad implica, a menudo, un largo litigio con la razón. Dos puntos de vista o aproximaciones al ser: mirada empírica, concedida al hombre práctico a través de la existencia; mirada metafísica, concedida al hombre teórico a través de la esencia.

Hemos llegado a destino, regresando al origen: el nombrar sustancial nos ha regresado al decir esencial, que decide la cosa desde adentro. Lo que subyace en el discurso y lo fija en cuanto tal es, sin más, lo que el discurso es: subjetividad. El discurso es la fijación del sujeto en el curso de lo dicho. Esto se puede enunciar de esta otra manera: el discurso es la memoria del yo. A través del discurso, el yo hace memoria de sí mismo, se re-pasa, se re-piensa. Pasar por la mente algo y pensarlo aluden a una misma realidad. Y en esto, el lenguaje es sabio: guarda memoria de aquello que hemos olvidado.

La modernidad es la mirada nomencladora de la subjetividad, muestra lo que antes no se veía: la filiación del yo individual en la fijación del discurso. Aquí, entendemos que la modernidad es más bien una cuestión de enfoque que de otra cosa: en la antigüedad, dialécticos, sofistas y naturalistas no fueron menos modernos que nuestros actuales intelectuales.

La palabra de la modernidad aparece desde afuera, en su nombrar, como la instigadora de un decir de adentro. La palabra abre el cuerpo cerrado del pensamiento y el cuerpo cerrado del mundo, y, en su escucha, los hace hablar, en cuanto el habla es hija de la escucha. El discurso (de la subjetividad) se descubre cuerpo articulado y en movimiento de esa palabra (del sujeto). Descubrir es des-nudar, abrir los nudos que atan, expresar, soltar amarras. Ahora, la navegación no busca tierra firme sino mar abierto: en la certeza del ente, el yo va hacia la verdad del ser. Cuando se pierde en alta mar, su horizonte nuevo es el espíritu.